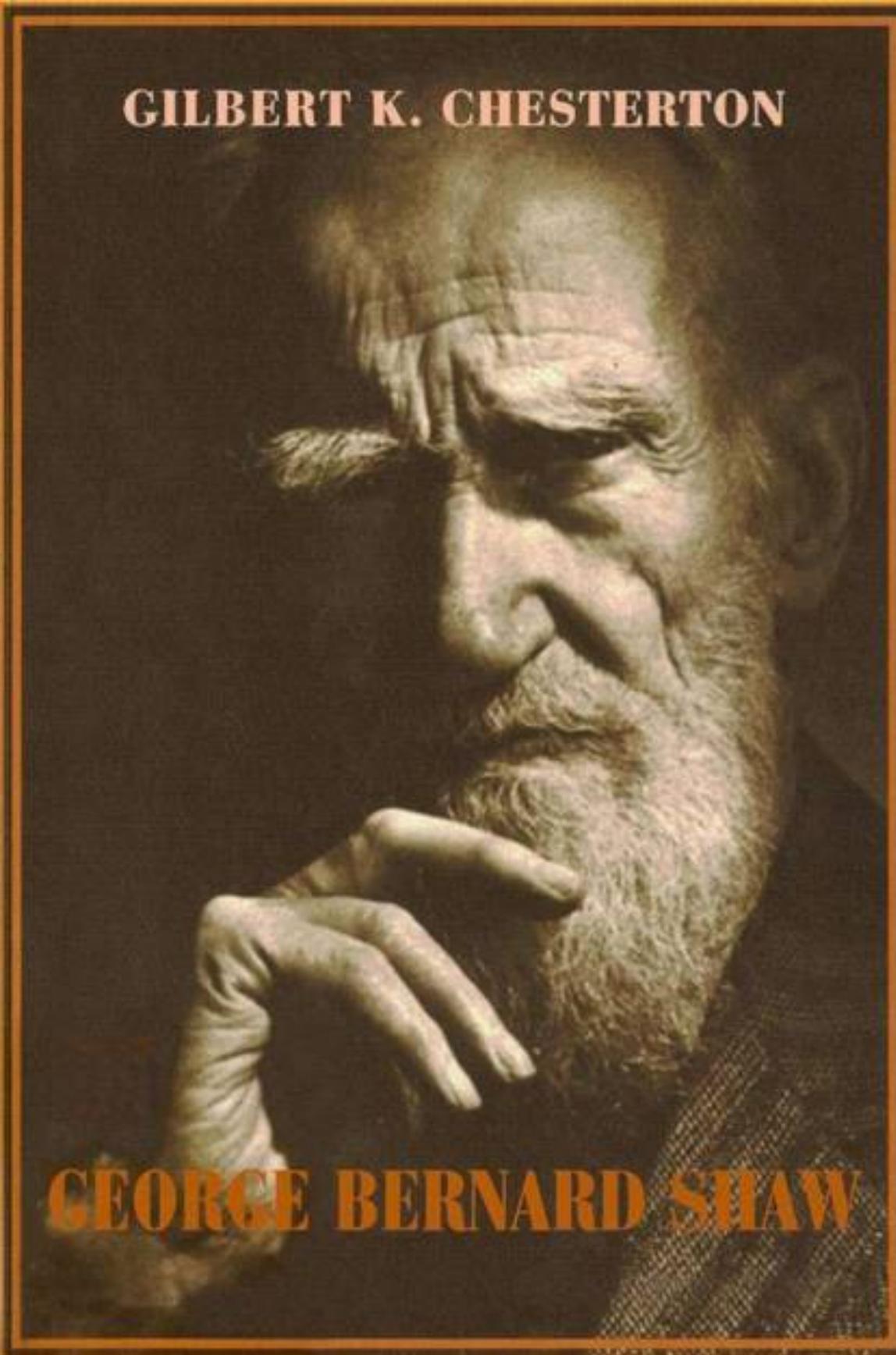


GILBERT K. CHESTERTON



GEORGE BERNARD SHAW

G. K. Chesterton y Bernard Shaw fueron grandes amigos pero se pasaron buena parte de sus vidas discutiendo y polemizando sobre casi todo. Para Chesterton, la filosofía y la política de Shaw, así como su teatro, eran un perfecto ejemplo de las ideas dominantes en su tiempo, el emergente siglo XX, con las que estaba en franco desacuerdo.

Esta biografía, en la que Chesterton se muestra más brillante y paradójico que nunca, es por tanto un ajustado y muy personal retrato del autor irlandés y de su obra dramática, a la vez que una obra de combate, en la línea de Herejes, libro en el que, por cierto, también se le dedicaba un capítulo a Shaw.

«La mayoría de la gente dice que está de acuerdo con Bernard Shaw o que no le entiende. Yo soy el único que le entiende, y no estoy de acuerdo con él».

G. K. CH.

EL PROBLEMA DEL PRÓLOGO

UNA peculiar dificultad refrena al autor de este arriesgado estudio muy desde el principio. Son muchos los que conocen a Bernard Shaw, sobre todo como hombre capaz de escribir un larguísimo prólogo, aun para una obra muy corta. Y es cierto, ya que es realmente una persona muy dada a los prólogos. Da siempre la explicación antes que el incidente; pero, por lo que a esto se refiere, lo mismo pasa con el Evangelio de San Juan. Para Bernard Shaw, lo mismo que para los místicos, cristianos y paganos (y a Shaw se le ve mejor como a un místico pagano), la filosofía de los hechos es anterior a los hechos mismos. Oportunamente llegamos al hecho, la encarnación; pero en un principio fue el Verbo.

Esto produce en muchos espíritus la impresión de una preparación innecesaria y una especie de excitante prolijidad. Pero lo cierto es que la misma viveza de imaginación de este hombre es la que le hace parecer lento en llegar al final. No cabe duda de que, de tan agudo resulta prolijo. Una vista penetrante para las ideas puede, en realidad, hacer que un escritor tarde en alcanzar su meta, lo mismo que una fina visión para el paisaje puede obligar a un motorista a retardar su llegada a Brighton. Un hombre original tiene que hacer una pausa en cada alusión o en cada símil para explicar de nuevo los paralelos históricos, para volver a dar forma a las palabras deformadas. Cualquier escritor corriente de primera línea —permítasenos decirlo así— podría escribir rápida y fácilmente algo parecido a esto: «El elemen-

to de la religión que existe en la rebelión puritana, si bien hostil al arte, libró sin embargo, al movimiento, de algunos de los males en que la Revolución Francesa envolvió a la moralidad». Ahora bien: un hombre como Shaw, que tiene opiniones propias sobre todas las cosas, se vería forzado a construir una frase larga y quebrada, en lugar de una breve y sencilla. Diría algo así: «El elemento de la religión, tal como yo explico la religión, que existe en la rebelión puritana (a la que vosotros tomáis en un sentido totalmente erróneo), si bien hostil al arte —es decir, a lo que yo entiendo por arte—, puede haberla librado de algunos males (recorramos mi definición del mal) en que la Revolución Francesa —sobre la que tengo mi propia opinión— envolvió a la moralidad, a la que os definiré dentro de un instante». Lo peor que tiene el ser un escéptico y un filósofo verdaderamente universal, es esto: que la labor es lenta. El bosque de ideas del hombre le obstruye la salida. El hombre ha de ser ortodoxo en muchas cosas, de lo contrario, no tendrá tiempo ni de predicar su propia herejía.

Ahora bien, la misma dificultad que encierra la obra de Bernard Shaw, la tiene todo libro que de él trate. Existe la inevitable necesidad artística de poner el prólogo antes que la obra; es decir, es preciso decir algo acerca de lo que significa la experiencia de Bernard Shaw incluso antes de contar cuál fue ésta. Hemos de relatar lo que hizo, después que hayamos explicado por qué lo hizo. Considerada superficialmente, su vida se compone de incidentes bastante corrientes. Muy bien pudiera ser la vida de un empleado de Dublín, de un socialista de Manchester o de un autor londinense. Si abordo la vida del hombre antes que su obra, parecerá trivial; sin embargo, considerada en conjunto con su obra, es de lo más importante. En resumen, difícilmente podríamos saber lo que significan los actos de Shaw si no supiésemos lo que se proponía al realizarlos. Esta dificultad, en cuanto al mero orden y estructura, me ha suscitado muchas dudas. Voy a salvarlas, toscamente quizá, pero del

modo que considero más sincero. Antes de escribir la más mínima indicación acerca de sus relaciones con el teatro, voy a hacerlo respecto a tres regiones o atmósferas, de las cuales surgió esa relación. Dicho de otro modo, antes de hablar de Shaw, hablaré de las tres grandes influencias que obraron sobre él. Las tres existían antes de nacer él, y, sin embargo, cada una de ellas es él mismo y su vivo retrato desde cierto punto de vista. He denominado a estas tres tradiciones: *El Irlandés*, *El Puritano* y *El Progresista*. No veo el modo de evitar esta teorización preliminar, pues si me limitase a decir, por ejemplo, que Bernard Shaw es irlandés, la impresión que produciría sobre el lector podría estar muy alejada de mi pensamiento y, lo que es más importante, de la idea de Shaw. Por ejemplo, la gente podría pensar que yo quería decir que es «irresponsable». Esto trastornaría todo el plan de estas páginas, pues si algo no es Shaw, es irresponsable. En él la responsabilidad vibra como el acero. De igual modo, si yo le llamase sencillamente puritano, podría entenderse algo relacionado con estatuas desnudas o «mojigatas al acecho». Y si le llamase progresista, podría suponerse que quería decir que vota por los progresistas en las elecciones del Condado, cosa que dudo mucho. No tengo más camino que éste: explicar brevemente estas cuestiones como las explicaría el propio Shaw. Habrá algunos protestones que criticarán este colocar la moraleja antes que la fábula. Otros, imaginarán en su inocencia que comprenden ya la palabra puritano o la más misteriosa todavía de irlandés. En realidad, la única persona de cuya aprobación estoy seguro es el propio Bernard Shaw, el hombre de las múltiples introducciones.

EL IRLANDÉS

GENERALMENTE, el público inglés ha declarado, con cierto orgullo, que no puede entender a Bernard Shaw. Son muchas las razones que existen para ello y que debieran ser debidamente examinadas en un libro como éste. Pero la primera y más evidente de tales razones es la simple manifestación de que George Bernard Shaw nació en Dublín, en 1856. Una razón, al menos, por la que los ingleses no pueden entender a Shaw, es la de que no se han tomado jamás la molestia de comprender a los irlandeses. Podrán ser, a veces, generosos con Irlanda; pero nunca justos con ella. Podrán hablar a Irlanda; hablar por Irlanda; pero jamás escucharán a Irlanda. Toda la sincera afabilidad que indudablemente siente la mayoría de los ingleses hacia los irlandeses, se prodiga sobre una clase de éstos que, desgraciadamente, no existe. El irlandés del sainete inglés, con su acento peculiar, su alegría y su compasiva irresponsabilidad, es un hombre que debiera estar harto de elogios y de simpatía si realmente hubiese existido para recibirlos. Desdichadamente, mientras estuvimos creando un irlandés cómico en la ficción, creábamos un irlandés trágico en la realidad. Quizá no ha existido jamás una situación de tan dolorosos efectos contrarios, ni siquiera en la farsa de tres actos. Cuando más nos empeñábamos en ver en el irlandés una especie de cálida y frágil fidelidad, con más helada cólera nos miraba él. Cuando mayor era la afable compasión del opresor, más áspero el desprecio del oprimido. Pero, en realidad, es innecesario decir que tales cómicos contrasen-

tidos podrían llevarse al teatro, puesto que ya los han llevado. Y aparecen quizás en la más real de las obras de Bernard Shaw: *La otra isla de John Bull*.

Es un poco absurdo pensar que el que no ha leído una obra de Shaw vaya a leer un libro que de él trate. Pero si eso pudiera suceder, lo que resulta del todo absurdo (me doy clara cuenta de ello) es escribir un libro sobre Bernard Shaw. Es de una necedad inexcusable tratar de explicar a un hombre que no ha tenido más propósito en toda su vida que el de explicarse a sí mismo. Pero hasta los disparates precisan lógica y consecuencia; por lo tanto, permítasenos partir de la hipótesis de que cuando digo que todo el linaje y el origen de Shaw puede hallarse en *La otra isla de John Bull*, es posible que algún lector me replique que él no conoce su obra. Además, es más importante poner al lector en lo cierto acerca de Inglaterra e Irlanda que acerca de Shaw. Y si se me hace observar que éste es un libro sobre Shaw, le aseguro que, con moderación y a intervalos oportunos, recordaré el hecho.

El propio Shaw dijo una vez: «Soy un irlandés típico: mi familia procede de Yorkshire^[1]». Sólo un típico irlandés podría haber hecho semejante observación. En efecto, es un despropósito, un disparate consciente. Un despropósito no es más que una paradoja que la gente no entiende porque es demasiado estúpida para comprenderla. Es el breve resumen de algo tan cierto y tan complejo a la vez, que el que posee una inteligencia lo suficientemente viva para percibirlo, no tiene la paciencia necesaria para explicarlo. Los dogmas místicos tienen una gran semejanza con esto. Con frecuencia se habla de los dogmas como si fuesen signos de la pesadez o la obnubilación de la mente humana. Y el hecho es que son señales de viveza mental y de lúcida impaciencia. Si un hombre expresa lo que quiere decir místicamente, es porque no puede perder el tiempo en expresarlo racionalmente. Los dogmas no son oscuros y misteriosos; un dogma es más bien como el resplandor de un re-

lámpago —una lucidez instantánea que se abre a través de todo un paisaje—. De la misma naturaleza son los despropósitos irlandeses: son resúmenes demasiado exactos para ser congruentes. Los irlandeses dicen estas «gracias» irlandesas por la misma razón que aceptan las «gracias» papales. Y es que es mejor decir cosas sabias alocadamente como los Santos, que expresar locuras con prudencia, como los caballeros.

Esto es cierto en cuanto se refiere a los dogmas místicos y los despropósitos irlandeses; y lo es también respecto a las paradojas de Bernard Shaw. Cada una de ellas es un argumento impacientemente condensado en un epigrama. Cada una de ellas representa una verdad templada a fuego y a golpes de martillo, con violencia casi desdeñosa, hasta comprimirla en un pequeño espacio y hacerla breve y casi comprensible. Esa concisa observación acerca de Irlanda y de Yorkshire es un ejemplo típico. Si Shaw hubiese intentado, en realidad, recorrer todas las etapas sensatas de su broma, la frase se parecería algo a lo que sigue: «Que soy irlandés es un hecho psicológico que puede hallarse en muchas de las cosas que trascienden de mí: mi natural descontentadizo, mi fría ferocidad y mi desconfianza en el placer puro. Pero ello ha de comprobarse con lo que sale de mí; no intentar conmigo la argucia de preguntarme de dónde procedo, cuántos montones de trescientos sesenta y cinco días vivió en Irlanda mi familia. No gastarme la broma de si soy celta, palabra oscura para el antropólogo y enteramente falta de sentido para todos los demás. No entablar tantas discusiones sobre si la palabra Shaw es alemana, o escandinava, o ibérica, o vasca. Vosotros sabéis que sois humanos; yo, que soy irlandés. Sé que pertenezco a determinado tipo e índole de sociedad; y sé que todas las clases de gentes de todas las clases de sangre viven en esa sociedad y por esa sociedad, y, por lo tanto, son irlandeses. Podéis ir al diablo o a Oxford con vuestros libros de antropología». De esta manera, lenta, detallada y prolijamente,

hubiera explicado Shaw lo que quería decir, si lo hubiera creído conveniente. Como no lo juzgó así, lanzó simplemente la simbólica, pero completísima frase: «Soy un irlandés típico: mi familia procede de Yorkshire».

¿Cuál es, pues, el color de esta sociedad irlandesa de la que Bernard Shaw, con toda su individual singularidad, es, sin embargo, un tipo esencial? Creo que, al menos, puede hacerse una generalización. Irlanda posee una cualidad que fue causa de que —en la época más ascética del Cristianismo— se la denominase «Tierra de Santos», y que aun pudiera darle derecho a ser llamada la Tierra de las vírgenes. Un sacerdote católico irlandés me decía una vez: «Existe en nuestro pueblo un temor a las pasiones más antiguo aún que el Cristianismo». Todo el que haya leído la comedia de Shaw sobre Irlanda recordará este hecho en el horror de una muchacha irlandesa a que la besen en la calle. Pero cualquiera que conozca la obra de Shaw lo reconocerá en el propio Shaw. Por casualidad existe un retrato suyo, en el que aparece lampiño y en edad temprana, que realmente recuerda, en la severidad y pureza de sus líneas, uno de los primitivos cuadros ascéticos de Cristo sin barba. Por muchas irreverencias que quiera lanzar o por más que trate de derruir altares, siempre hay en él algo que nos indica que, en una civilización más bella y más sólida, hubiera sido un gran santo; un santo de tipo severamente ascético, o quizá severamente negativo. Pero lleva consigo esta singular cualidad del santo: no es, literalmente, nada terrenal. Para él, lo mundano no ostenta ninguna magia humana; no le fascina la posición social, no se siente atraído en absoluto por la sociabilidad. No podría comprender la entrega intelectual del *snob*. Acaso sea un carácter defectivo, pero no mixto. Todas las virtudes que posee son heroicas. Shaw es como la Venus de Milo: todo lo que de él nos queda es admirable.

Pero, sea como fuere, esta inocencia irlandesa es peculiar y fundamental en él; y por muy extraño que pueda parecer, creo que tiene una gran relación con sus manifesta-

ciones acerca de la revolución sexual. Un hombre como él es relativamente audaz en teoría porque es relativamente limpio de pensamiento. Los hombres poderosos que tienen grandes pasiones, emplean gran parte de su fortaleza en forjarse cadenas a sí mismos; y sólo ellos saben cuán fuertes han de ser esas cadenas. Pero hay otras almas que deambulan por los bosques como Dianas, con una especie de castidad salvaje. He de confesar que, según creo, esta pureza irlandesa incapacita un poco al crítico para tratar, tal como Shaw ha tratado, de las raíces y de la realidad de la ley del matrimonio. Olvida él que esas feroces y elementales funciones que impulsan al universo tienen un ímpetu que va más allá de uno mismo y no siempre pueden recobrase fácilmente. Por eso los hombres más sanos erigen con frecuencia una ley que los vigile del mismo modo que los más sanos durmientes necesitan un despertador que los despierte. Sea como fuere, Bernard Shaw tiene, en efecto, todas las virtudes y todas las facultades que acompañan a esta cualidad original de Irlanda. Una de ellas es una especie de terrible elegancia; una peligrosa y algo inhumana exquisitez de gustos que, a veces, parece apartarse de la propia materia como si fuese barro. Entre las muchas cosas sinceras que Shaw ha dicho, en ninguna puso mayor sinceridad que cuando declaró que era vegetariano, no porque el comer carne fuese prueba de mala moralidad, sino por serlo de mal gusto. Sería caprichoso decir que Shaw es vegetariano porque procede de una raza de vegetarianos, de campesinos que están obligados a aceptar la vida sencilla en forma de patatas. Pero estoy seguro de que su feroz melindrosería en cuestiones como ésta, es una de las formas alotrópicas de la pureza irlandesa; es a la virtud del Padre Mateo lo que el carbón al diamante. Por supuesto, tiene la cualidad común a todos los tipos especiales y desequilibrados de virtud: que jamás se sabe dónde va a parar. Puedo percibir lo que, probablemente, quiere dar a entender Shaw cuando dice que es repugnante darse un banque-

te con cuerpos muertos, o cortar pedazos de lo que fue una vez una cosa viva. Pero no podré saber nunca en qué momento no ha de sentir de igual manera que es repugnante mutilar un peral o arrancar de raíz esas miserables mandrágoras que ni siquiera pueden quejarse. No existe límite natural para este ímpetu, para este desenfrenado galope de refinamiento.

Mas no es esta física y fantástica pureza la que yo quisiera destacar en especial entre lo que nos legara la antigua moralidad irlandesa. Mucho más importante regalo resulta aquella que constituía, según declararon todos los santos, el premio de la castidad: una extraña claridad del intelecto, como la dura transparencia del cristal. Esto es ciertamente lo que Shaw posee; en grado tal que, a veces, la dureza resulta más clara que la transparencia. Pero sucede en todos los más típicos caracteres irlandeses y en las disposiciones de espíritu irlandesas. Probablemente por esta razón alcanzan los irlandeses tanto éxito en aquellas profesiones que exigen cierto realismo cristalino, especialmente en los resultados. Estas profesiones son la de soldado y la de hombre de leyes; las dos ofrecen amplias ocasiones para el crimen y no muchas para las ilusiones puras. Si habéis compuesto una ópera mala, podéis llegar a persuadirlos de que es buena; si habéis esculpido una mala estatua, podéis creerlos mejor que Miguel Ángel. Pero si habéis perdido una batalla, no podéis creer que la habéis ganado; si a vuestro cliente lo han ahorcado, no podéis pretender que lo habéis salvado.

En todo prejuicio popular, aun sobre los extranjeros, ha de existir una razón. E indudablemente el pueblo inglés tiene, en cierto modo, la impresión y la tradición de que el irlandés es cordial, irrazonable y sentimental. La leyenda del Paddy^[2] tierno e irresponsable tiene dos orígenes: existen en el irlandés dos componentes que han dado lugar al error. El primero es que la propia lógica del irlandés le hace considerar la guerra o la revolución como extralógica, una

ultima ratio que está más allá de la razón. Al luchar con un potente enemigo, se preocupa de que sus ataques sean exactos o de que sus actitudes sean decorosas, lo mismo que se preocupa el soldado de que la bala de cañón tenga bonita forma o de que el plan de campaña sea pintoresco. Es agresivo; ataca. Simplemente parece un camorrista en Irlanda cuando, en realidad, lo que hace es llevar la guerra al África o a Inglaterra. Un comerciante de Dublín se hizo imprimir una tarjeta con el nombre y la profesión en el arcaico idioma de los montañeses de Escocia. Sabía que nadie lo entendería; pero lo hacía para molestar. Desde su punto de vista, creo que tenía razón. Cuando una persona está oprimida, es prueba de caballerosidad el hacerse daño a sí misma para hacer daño al opresor. Pero al inglés (que no ha padecido nunca una verdadera revolución desde la Edad Media) le cuesta mucho trabajo comprender esta gran pasión por molestar, y lo toma por una simple y caprichosa impulsividad o locura. Cuando un diputado irlandés deja en suspenso todas las cuestiones de la Cámara de los Comunes y comienza a hablar de su país sangrante durante cinco o seis horas, los sencillos diputados ingleses dan por supuesto que es un sentimental. Y lo cierto es que se trata de un desdeñoso realista, el único que permanece impassible ante el sentimentalismo de la Cámara de los Comunes. El irlandés no es lo bastante poeta ni lo suficientemente *snob* para dejarse arrastrar por esas suaves mareas y tendencias sociales e históricas que hacen perder pie fácilmente a los radicales y laboristas. Insiste en pedir una cosa, porque la desea; y trata, en verdad, de herir a sus enemigos porque son sus enemigos. Ésta es la primera de las singulares confusiones que hacen parecer dúctil al inflexible irlandés. Nos parece salvaje e irrazonable porque, en realidad, es demasiado razonable para no ser más que feroz en la contienda.

Con todo esto no será difícil vislumbrar al irlandés en Bernard Shaw. Si bien personalmente es uno de los hombres más bondadosos del mundo, con frecuencia ha escrito

para hacer daño; y no porque sintiese odio por determinados hombres (no es lo suficientemente violento aunque sí lo bastante animal para ello), sino porque, realmente, odiaba ciertas ideas hasta llegar al crimen. Provoca, pero no dejará solos a los demás. Pudiera llegar a decirse que son fanfarronadas tuyas pero esto sería injusto, porque él desea siempre que el otro conteste. Por lo menos, siempre desafiaba como un verdadero natural de la Verde Erin. Un ejemplo todavía más claro de esta característica nacional puede hallarse en otro irlandés eminente: Oscar Wilde. Su filosofía (que era despreciable) era la filosofía del ocio, de la aceptación, de la ilusión exuberante; sin embargo, como era irlandés, no pudo dejar de expresarla en epigramas punzantes y propagandísticos. Predicaba su blandura con recia decisión; predicaba el placer con las palabras mejor calculadas para producir dolor. Esta armadura insolencia, que era su más noble peculiaridad, era también la singularidad irlandesa; desafiaba a todos los contendientes. Buen ejemplo de cuán acertada es la tradición popular, hasta cuando resulta más injusta, es el de que los ingleses han percibido y conservado este rasgo esencial de Irlanda en una frase proverbial. Es cierto que el irlandés dice: «¿Quién osará pisarme el faldón de la levita?».

Pero existe otra segunda causa que da lugar al error inglés de que los irlandeses son débiles y emocionales. Y ésta se deriva también del hecho de que los irlandeses son lúcidos y lógicos. Por ser lógicos, separan exactamente la poesía de la prosa; y así como en prosa son rigurosamente prosaicos, en poesía son puramente poéticos. En esto, como en una o dos cosas más, se parecen a los franceses, que logran que sus jardines sean bellos porque son jardines, pero también que sus campos sean horrorosos porque no son más que campos. A un irlandés le puede gustar la novela; pero dirá, empleando una frase frecuente en Shaw, que «no es más que una novela». Una gran parte de la energía inglesa en la novela procede de que su ficción les

engaña a medias. Si, por ejemplo, Rudyard Kipling hubiese escrito sus cuentos cortos en Francia, los hubieran elogiado como pequeñas obras de arte, llenas de frescura y habilidad, un poco crueles y muy nerviosas y femeninas; los cuentos cortos de Kipling hubiesen sido apreciados como los de Maupassant. En Inglaterra no se les apreció, se les creyó. Una nación sobrecogida los tomó en serio considerándolos como el paisaje exacto del imperio y del universo. El pueblo inglés se apresuró a abandonar el Cristianismo a favor de la morbosa versión del Judaísmo dada por Kipling. Este repentino auge moral de un libro hubiera sido casi imposible en Irlanda, porque el espíritu irlandés sabe distinguir entre la vida y la literatura. Bernard Shaw resumió esto, como resume tantas otras cosas, en una apretada frase pronunciada en conversación con el que esto escribe: «Un irlandés tiene dos ojos». Quería decir con esto que, con un ojo, un irlandés ve que un sueño es inspirador, fascinador o sublime, y con el otro, que, después de todo, es un sueño. Al inglés, el humor y el sentimiento le obligan a guiñar el otro ojo. Otros dos breves casos nos demuestran el error inglés. Tomemos, por ejemplo, esa noble supervivencia de una edad más noble de la política: me refiero a la oratoria irlandesa. Los ingleses se imaginan que los políticos irlandeses son tan exaltados y poéticos que tienen que derramar un torrente de palabras vehementes. Y la verdad es que los irlandeses son tan listos y exactos que todavía consideran la retórica como un arte preciso, como hacían los antiguos. Por eso un hombre pronuncia un discurso como el que toca el violín, no sin emoción necesariamente, sino principalmente porque sabe hacerlo. Otro ejemplo de lo mismo es esa cualidad que se denomina siempre el hechizo irlandés. Los irlandeses son agradables, no por ser singularmente emocionales, sino porque están muy civilizados. La zalamería es un ritual; tanto como lo es el ir a besar la Piedra de Blarney^[3].